

DOMINGO II DESPUÉS DE NAVIDAD

Homilía del P. Josep-Enric Parellada, monje de Montserrat

4 de enero de 2009

Sir 24, 1-2, 8-12 / Ef 1, 3-6. 15-18 / Jn 1, 1-18

"Y la Palabra se hizo carne", esta afirmación del prólogo del evangelio según san Juan, que hemos repetido bajo formas diversas a lo largo de estos días, ha sido, queridos hermanos y hermanas, la clave para adentrarnos en la contemplación del misterio de la Navidad.

Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros. Afirmarlo, tanto ayer como hoy, supone un cambio profundo en la concepción de Dios. La Sabiduría eterna, la Palabra, el Todopoderoso, se ha hecho uno de los nuestros, Jesús, el hijo de María, el niño nacido en Belén.

A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer. Desde ahora ya no valen otras formas para conocer quién es Dios, ni tampoco tenemos que imaginarlo. Jesús, la Palabra eterna de Dios, nos lo ha revelado como vida y como luz que brilla en medio de las tinieblas. La Sabiduría de Dios, se ha hecho carne y ha venido a habitar entre nosotros, por eso le podemos escuchar de manera personal a través de la propia como de los acontecimientos de la historia.

"Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre". He aquí el camino que se abre delante de los que acogen la invitación. Se trata de seguir a Jesús a través de un camino de vida nueva, con una nueva mentalidad, con un corazón nuevo. Los que son hijos de Dios, son aquellos que se dejan renovar desde las raíces del corazón hasta las hojas.

Pero eso no es algo que ocurre fruto de nuestra voluntad. Ser una nueva criatura es de nuevo gracias a la acción de la Palabra. Se trata de un don que viene de Dios y que no se apoya en nuestras fuerzas. Dios nos ofrece esta posibilidad.

Generaciones de hombres y mujeres han trabajado, sufrido, querido para hacer un mundo más humano. Esta humanidad, gracias a que la Palabra ha venido a nosotros, ya no camina sola. Dios la acompaña y la guía hacia la Vida con mayúscula.

En todo lo que hacemos tenemos que pedir la sabiduría que viene de Dios mismo para captar la fuerza y la luz que provienen de esta Palabra que se ha revelado en el misterio de la pobreza y de la debilidad humana, desde su nacimiento hasta la cruz.

En esta Navidad podemos preguntarnos si Jesús se ha convertido para nosotros en la verdadera luz que ilumina nuestro camino de cada día y que nos ayuda a disipar las tinieblas, empezando por las del propio corazón. La luz que nos viene del cielo es una luz que nadie puede apagar, que continúa dando luz incluso en las noches más oscuras de la humanidad.

Dios-está-con-nosotros. Éste es el verdadero sentido de la Navidad. Acojámoslo, ahora que se hace presente en el sacramento del pan y del vino de la Eucaristía.